

EL CAJÓN DE LAS COSAS FEAS

Pito, pito, colorito. “Señorita García, es usted una rareza. Un caso único entre cien mil. Le sugiero que viva lo mejor que pueda”. Así, sin comerlo ni beberlo, me llevé el premio gordo. Y no lo digo solo porque mis padres se conocieran, en una fría mañana de diciembre de 1983, saliendo de Doña Manolita, lo que me parece una coincidencia maravillosa. Amor a primera vista, como en las películas: él gallego, del norte; ella, menuda y risueña, más manchega que el queso en aceite. Los dos con un décimo en el bolsillo y un gen defectuoso en cada una de sus células. El mismo que yo tendría la desgracia de heredar, por partida doble, nueve años más tarde y que, por fortuna, no se transmitió a mis hermanos. Quien piense que la vida no es una lotería que levante la mano.

No sé en qué momento fui consciente de que la mía no iba a ser como la de las otras niñas. Puede que mucho antes del diagnóstico, cuando, de cría, empecé a tropezar. Entonces no estaba enferma, tenía problemas de equilibrio, lo que explicaba que fuera tan patosa. Hasta que un día la cosa se puso seria y me caí redonda en plena función de Navidad, sin que ni los ángeles ni el mismísimo Herodes pudieran hacer nada para reanimarme. Luego vendrían los médicos, el ir de aquí para allá, las preguntas sin respuesta. Las rabietas, las pastillas. Los ruedines en la bici. Mis movimientos cada vez más bruscos y los andares de borracha. Las muletas. Las respuestas sin preguntas. El esfuerzo de mis padres por plantarle cara a una enfermedad degenerativa que todavía no tenía nombre y que avanzaba más rápido que mi propia vida: “Ataxia de Friedrich”. Cuando después de cuatro años pudieron diagnosticarla yo ya no era como los demás. Me había convertido en una guerrera. No fue un camino fácil, no lo es - nadie en su sano juicio puede encontrar una sola ventaja a terminar sus días en una silla de ruedas. Fisios, psicólogos, logopedas, terapeutas ocupacionales... y hasta un curandero indio, si hubiera hecho falta. Mis padres, con poca ayuda y mucho esfuerzo, movieron cielo y tierra para que yo contara con buenos profesionales, los mejores, que me ayudaran a afrontar la vida que me ha tocado vivir, la mía.

Jamás olvidaré mi primera entrevista de trabajo. Labios rojos y vestido a juego para el que sin duda sería uno de los días más importantes de mi vida. El Influyente ocupaba entonces la primera planta de un antiguo edificio de la Gran Vía, cuyo acceso había sido adaptado recientemente, al igual que las propias instalaciones del periódico, convertido en un espacio transparente y diáfano en el que trabajaban más de un centenar de personas. Entré con mi título de Periodismo sobre las rodillas, hecha un manojo de nervios, con ese miedo que tengo yo siempre a no dar la talla.

Había recorrido un largo camino para llegar hasta allí. A mis padres no les sorprendió que quisiera continuar estudiando e ir a la universidad y menos aún que quisiera ser periodista. Una vocación que me venía de largo, cuando, en el colegio fundé mi propio periódico, que escribía de mi puño y letra durante las horas muertas del recreo, escuchando las voces de mis compañeros que corrían por el patio, a los que les contaba lo que iba descubriendo sobre mi enfermedad, un poco por terapia, un poco para que me aceptasen tal como soy -no se puede aceptar lo que no se conoce. Sentía que con mis palabras podía cambiar el mundo. Así que me matriculé en la Complutense. Cada mañana, durante cuatro años, me pintaba los labios de rojo y me aventuraba a atravesar Madrid en mi silla de ruedas rumbo a la Facultad, sorteando rampas imposibles, bordillos y coches mal aparcados, cuya existencia el ayuntamiento parecía querer ignorar. Fue la época más feliz de mi vida, aunque tampoco fue fácil. Allí encontré a las que son mis amigas y empecé a convencerme de que, como ellas, también yo quería independizarme, tener mi propia casa y trabajar.

La entrevista empezó mal y terminó peor. El despacho del director ocupaba un espacio cerrado y claustrofóbico que no acaba de encajar con el ritmo frenético de la redacción. Era una reliquia del pasado entre tanta modernidad. Madera, cenicero de cristal y una constelación de portadas en blanco y negro que parecían añorar tiempos mejores, al menos para el hombre de flequillo rebelde y camisa blanca arremangada que me había recibido con una sonrisa tibia, yo diría que forzada, desde su sillón de piel. No se levantó.

— En su solicitud no indica usted que tuviera alguna discapacidad—. Era evidente que se sentía incómodo.

— No pensé que tuviera que hacerlo. La ataxia afecta a mis miembros, pero no a mi cabeza y con la tecnología...— Yo trataba de controlar mis movimientos, pero la tensión los hacía aún más bruscos e incontrolables.

— Entiéndame, admiro su voluntad y su expediente es brillante, pero comprenderá que nuestra profesión es exigente. Debería probar un trabajo más... administrativo—. Pin-pom-fue-raes-tás-tú. Por si no había quedado lo suficientemente claro, abrió uno de los cajones de su mesa de nogal, el tercero, y dejó caer las cuatro hojas de mi currículum, una detrás de otra, con mi foto, mis méritos, y todo mi esfuerzo.

Lo que él no sabía es que acababa de regalarme un titular.

— Lo comprendo —. Sonreí. No, no lo comprendía.

Si algo aprendemos las personas con ataxia es a levantarnos después de cada caída, aunque ésta sea desde la primera planta de un antiguo edificio de Gran Vía. A la mañana siguiente, salía publicado mi primer artículo en el Imparcial, en la sección de Cartas al Director. Saqué mi historia y la de tantos otros del cajón de las cosas feas, donde habían estado escondidas para no molestar, y sin pretenderlo provoqué un tsunami. Me convertí en periodista. La suerte existe, pero tienes que buscarla.